

# LA SAETA

SEMENARIO ILUSTRADO  
FUNDADOR, D. PEDRO MOTILBA

AÑO XI

BARCELONA 1.º DE NOVIEMBRE DE 1900

NÚM. 519

✻ DIRECTOR, J. F. Luján ✻

PENSAMIENTOS DE ELLAS



— ¡Otra vez el mismo mozo!  
¡Qué galán y qué gallardo!  
¡Ay! ¿Por qué no he de ser libre  
para sentarlo á mi lado?

# EL NOVENO

(CONTINUACIÓN)

CONSUELO.—No entiendo palabra de lo que dices, pero me parece á mí que en casándome, me gustará agradar al marido ni más ni menos que ahora al novio.

PEDRO.—¡Hola! ¿Conque tienes novio tú?

CONSUELO.—¡Vaya, y guapo! Aquí está. *(Enseña un medallón.)*

PEDRO *(acercándose y contemplándolo)*.—No es feo... ¡Y qué callado lo tenían!

CRUZ.—¡A ver! *(Lo mira y se le escapa de las manos, que lleva á la frente, como sufriendo un vahido.)* ¡Jesús qué oscuridad!... Pasó una sombra por los ojos... nada, ya se fué. Me fatigué mucho esta tarde.

CONSUELO *(recogiendo el medallón)*.—¡Pobrecito Pepe!

CRUZ.—A ver, no he tenido tiempo de mirarlo.

CONSUELO.—Hoy hará su presentación. Llevamos muchos días á vueltas con este proyecto. Yo deseaba visitaros, salir de la capital, pasar un mes aquí con vosotros: hacía tres años que no pude verte, Cruz. Pero madre no acababa de decidirse. Entonces escribí á Pepe que solicitase una entrevista á mitad del camino por no dejarle sus negocios bajar para un viaje más largo. De manera, que se presentará luego á pedirme en casamiento.

CRUZ.—Es decir, que habrá boda formalmente.

CONSUELO.—¡Claro! Para las Navidades. Es ingeniero mi novio.

CRUZ *(distráida)*.—Sí.

CONSUELO.—¿Cómo sí?

CRUZ.—Sí, ya supongo que será un muchacho de provecho.

PEDRO.—Y ¿á qué hora llega?

D.<sup>a</sup> LUCÍA.—Cuasi, cuasi, á la vista debe de estar.



PEDRO.—¡Lo dijeran más pronto...! Saldré á recibirle á la cruz del camino.

CONSUELO.—¡Qué bueno eres, qué bueno! ¿Le conocerás, no?

PEDRO.—¡Si no ha mentido el fotógrafo! No hay más que una vereda; á no ser que tome por el atajo... *(Entra en sus habitaciones.)*

D.<sup>a</sup> LUCÍA.—Mientras, podría sacudirme el polvo.

CRUZ *(levantándose)*.—¡Toma! ¡Palmira! *(Acercándose á la puerta del comedor)*. ¡Palmira! Ese Pedro les habrá entretenido contándoles tonterías. Creí que él dispuso... *(A Palmira, que se presenta.)* A ver si está todo listo en esas habitaciones. *(Palmira entra en las de Cruz.)* Y ¿no han tomado nada al llegar?

D.<sup>a</sup> LUCÍA.—Nada me apetece.

CONSUELO.—Comimos muy bien en los Puertos.

PEDRO *(con sombrero y paraguas)*.—Vaya, abur.



CONSUELO.—Y prontito de vuelta.

(*Pedro abre el paraguas fuera y sale.*)

PALMIRA (*presentándose*).—Señora, todo está en orden.

CRUZ.—Añade tres cubiertos. (*Palmira sale por el comedor.*) No se tardará: comemos á la francesa. Cuando gusten.

CONSUELO.—Usted, madre; yo luego; en llegando Pepe, no tendré tiempo para charlar con mi hermana.

CRUZ (*acompañando á doña Lucía hasta la puerta de sus habitaciones*).—Bien, bien: á la derecha de este gabinete está la alcoba; á la izquierda el baño; mi ropero enfrente... Hasta ahora. (*Besándola.*) (*Doña Lucía sale.*)

V

CONSUELO, CRUZ

CONSUELO.—Y á mí me dirás, clarito, qué significa ésta solfa. Porque no eres la Cruz de antes. El alma te bailaba á ti en el cuerpo.

CRUZ.—Pero esa alma, como si sufriese el vértigo, se movía sin tasa. Rendida ya, ahita de goce, busca el equilibrio en el reposo y la quietud. Naturaleza duerme en invierno: todo es armonía en el ser.

CONSUELO.—Mira, hablemos como dos personas razonables.

CRUZ.—Si es claro como la luz. Abusé del mun-

do, corrí años en horas, y aquí me tienes agotada, rehaciéndome del quebranto de vivir. He recurrido al campo á reponer las fuerzas morales y saturar el cuerpo, porque el campo es un refugio para las almas tristes y aburridas.

CONSUELO.—Bien, sí: comprendo lo del cansancio; pero tú más que fatigada estás enferma.

CRUZ (*con ironía*).—¿Loca?

CONSUELO.—No loca: si fuera yo médico te diría lo que tienes: debe de haber muchas enfermedades... ¿cómo diré?... extrañas. Pero, hija, se puede descansar de un modo más humano, sin caer en desvarios extravagantes.

CRUZ.—¿Qué sabes tú, inocente? Ni tú ni un médico... yo sola.

CONSUELO.—Nada: bien sabe Dios que no miento; pero no se casa una para hacer lo que tú. O se quiere al marido ó nó, y aun así te digo que yo no haré daño jamás á una hormiga.

CRUZ (*con profunda convicción*).—Sí, (*posándose una mano por los ojos*), mira, dejemos eso: no puedo hablar contigo de tales cosas. Me casé enamorada y amo á Pedro... como tú no amarás á tu esposo nunca.

CONSUELO.—Pues átame esas moscas por el rabo. Cuando yo me case no huiré de mi compañero, y si me canso de la vida, de la fiesta y del ruido y se me antoja ir á las soledades, á las quebradas, será para vivir más en él, más cerca de él, más metidita en sus ojos, más pegada á los besos de sus labios.



## La Saeta

CRUZ.—Sí; tu harás todo eso, porque podrás, porque has de tener siempre el alma viva, despierta, amorosa.

CONSUELO.—No, que la tuya duerme.

CRUZ.—No duerme, pero está enferma, y á los enfermos no se les habla de amor.

CONSUELO.—Pues si algún día me aqueja un mal así, le explicaré á mi marido dónde me duele y cómo, porque los maridos son los médicos del corazón de las mujeres... y eso es lo que tú no sabes con haber aprendido tantas filosofías.

CRUZ.—Cuando era como tú, sabíalo también.

CONSUELO (*sorprendida*).—Y ¿lo has olvidado?

CRUZ.—No; pero he aprendido que hay cosas que no se pueden contar al médico, porque enfermaría del mismo mal. (*Pausa y actitud solemne en ambas, indescriptible. Cruz fija la mirada en el techo. Consuelo, criatura inocente, en cierto modo ignorante, expresa viva emoción entre curiosidad, malicia y asombro.*)

CONSUELO.—Mi ignorancia no profundiza ahí. Hay en tu vida un secreto grave, eso sí que lo adivino... Y ¿quieres que te diga? (*Como resolviéndose.*) Voy á hablarte con franqueza. (*Dudando brevemente.*) ¿Por qué no? Conforme entro en años se me despiertan dudas y recelos. (*Todo esto lo dice con ingenuidad, sin fingir, sin alardes de falso rubor.*) No veo claro sino que el hombre y la mujer se unen para amarse mucho: eso es lo que entiendo yo... sólo que... que... te lo diré, hermana (*con resolución*): llegan medias palabras á mis oídos, me entero de que hay faltas y manchas odiosas, y no me explico por qué ni cómo son; pero, así y todo... di (*acercándose á Cruz*): ¿has cometido tú una de esas faltas? (*A media voz y acento solemne, pero de inocencia.*) ¿Hay mancha en tu honra?

CRUZ.—¡Consuelo!

CONSUELO.—¿Ves? Lo de siempre: una niña no hace esas preguntas.

D.<sup>a</sup> LUCÍA (*dentro*).—¡Consuelo! ¡Consuelo!

CRUZ.—Llama madre.

CONSUELO.—Sí. (*Asomándose á la puerta.*) ¡Voy, un minuto. (*A Cruz.*) Querrá cambiar de ropa. ¡Ay, y están aquí los maletines!

CRUZ.—Llamemos á Palmira.

CONSUELO.—No, voy yo. He de arreglarme también para recibir á Pepe. (*Coge los maletines y se detiene un poco en el umbral de la puerta.*) Her-

mana, entiendo que eres buena, como yo me figuro que son buenas las mujeres; pero si amas á tu marido, como dices, como las mujeres buenas, entonces... eres una hipócrita. (*Sale.*)

CRUZ (*gesto de repugnancia, marcado gradualmente*).—¡Hipócrita! (*Acercándose á la puerta y como si hablase á su hermana dentro.*) ¡No! ¡no! ¡no! ¿Hipócrita?; bien sabes tú que nó, Dios mío.



## VI

Cruz se dirige vacilante, como trastornada, al taburete y toma asiento. Pausa algo detenida en que Cruz da muestras de malestar y desasosiego; pasa la mano por la frente y aprieta en la sien, que le duele; respira con ansia, limpia el sudor, desabrocha los primeros botones del corpiño, de modo que el nacimiento del cuello quede al desnudo y se note bastante la blancor de la muselina: todo con alguna lentitud. Está agitada, ardorosa, acometida de fiebre. A la postre, apoya los codos en las rodillas y la cabeza en las manos, pero sin ocultar totalmente la cara al público. Suspira con fuerza y cae en abstracción penosa. La interrumpe la entrada de un joven, y al pronto ella no deja su dolorosa actitud. Sigue pausa muda, interesante, natural, ni pesada ni breve.

Pepe Hinojosa, veintiséis años, complexión fuerte, carácter entero, varonil, seductivo, despreocupado. Es de los que tienen ángel. Viste con elegancia y gusto.

PEPE (*entrando con una manta de camino, arrollada con correas, en guisa de equipaje*).—Usted perdone. (*Cruz se levanta sobresaltada, pero sin volver la cabeza.*) Llamé en el jardín... no acudió nadie (*acomodando su impedimenta en unas sillas, donde deja*

*también el sombrero y el guardapolvo*)... ésta es la casa que busco, según las señas, y no hay que andarse con remilgos (*dirigiéndose hacia Cruz*), siendo como soy cuasi, cuasi de la familia... ya me absolverán del... ¡Cruz! (*Adelantando y mirándola con mucha sorpresa y curiosidad.*) ¡Cruz!

(Continuará.)

J. F. Luján.

AL AMANECER



—¡Cuántos capullos se han abierto hoy!

## LOS ACCIDENTES DE TIRADO

**D**ESPUÉS de ocho años de cesantía había conseguido Tirado que le diesen la credencial de fiscal del Juzgado de primera instancia en una capital de provincia.

El decoro de su nuevo cargo exigía, naturalmente, una presentación menos desastrada que la suya, pues ni tenía más ropa que algunas prendas ya más que raídas de puro usadas, ni quién le fiara dos reales. Salió de la Corte con lo puesto, y con el producto de la venta de lo restante hizo su viaje tan económicamente como le obligaba á hacerlo su escasez de recursos, pensando en la manera de ingeniarle para hacerse de algunos fondos en su nueva residencia.

Deparóle la fortuna, entre las relaciones que hizo en los primeros días, el conocimiento con una señora de edad proveya que acostumbraba dar cantidades á rédito, y allí encontró el filón nuestro hombre.

La señora, que procuraba tener amistad en la curia, procuró le fuese presentado el nuevo fiscal; éste, que no deseaba otra cosa, tomó la ocasión por los cabellos é hizole en seguida cumplida visita en la que fingió admirablemente un ligero vahido, que la anciana se apresuró á aliviar abanicándole y rociándole la cara con agua y vinagre.

Excusóse Tirado cortésmente por la molestia causada, y como de pasada expuso la profunda inquietud y pena que le producía no haber recibido de su apoderado ciertos fondos que, amén del equipaje, debió enviarle inmediatamente después de su salida de la Corte, falta que le ponía en ridículo, pues tanto por la extremada delicadeza de su carácter, como por el decoro del respetable cargo que había venido á ocupar, no podía ni debía solicitar un préstamo de ninguna de las personas que con su amistad le habían honrado, si bien hubiera de devolverlo quizás al día siguiente de recibirlo.

Poca cosa, media docena de miles de reales, era lo que Tirado necesitaba para equiparse y situarse decorosamente, cantidad que D.<sup>a</sup> Consuelo sacó de su cofre en buenas monedas de á cinco duros, entonces lo más corriente, é hizo que el nuevo fiscal las aceptara, teniendo que esforzarse para desvanecer el punto de delicadeza que á éste le impedía recibirlas.

La emoción, la vergüenza de hallarse en tal trance, causaron á Tirado otro vahido que fué levisimo y pasó como un relámpago. Se repuso y salió contento como unas pascuas interiormente, y compungido en apariencia.

Al cabo de un mes, viendo que no volvía por casa de D.<sup>a</sup> Consuelo ni enviaba la cantidad recibida, mandóle ésta un insinuante recadito. Acudió nuestro héroe sin hacerse esperar, y al entrar en la sala donde en pie le recibía su finísima acreedora, fingió otro síncope tal que cayó al suelo como atacado de mal de corazón; dió á su generosa amiga, que acudió á levantarlo, dos puñetazos terribles, y, vuelto en sí, quedó con las mandíbulas tan encajadas que no pudo articular palabra, saliendo á la calle con ademanes que daban á entender que el estar en aquella casa y en presencia de su acreedora, no siéndole posible pagar, era lo que le causaba el trastorno.

Condolida D.<sup>a</sup> Consuelo de la situación de su deudor, admirada de su exagerado punto de vergüenza y delicadeza, y temerosa de que se repitiese otra escena semejante á la anterior, acudió al recurso de escribirle para solucionar el asunto por cartas, no sin dejar pasar otro mes.

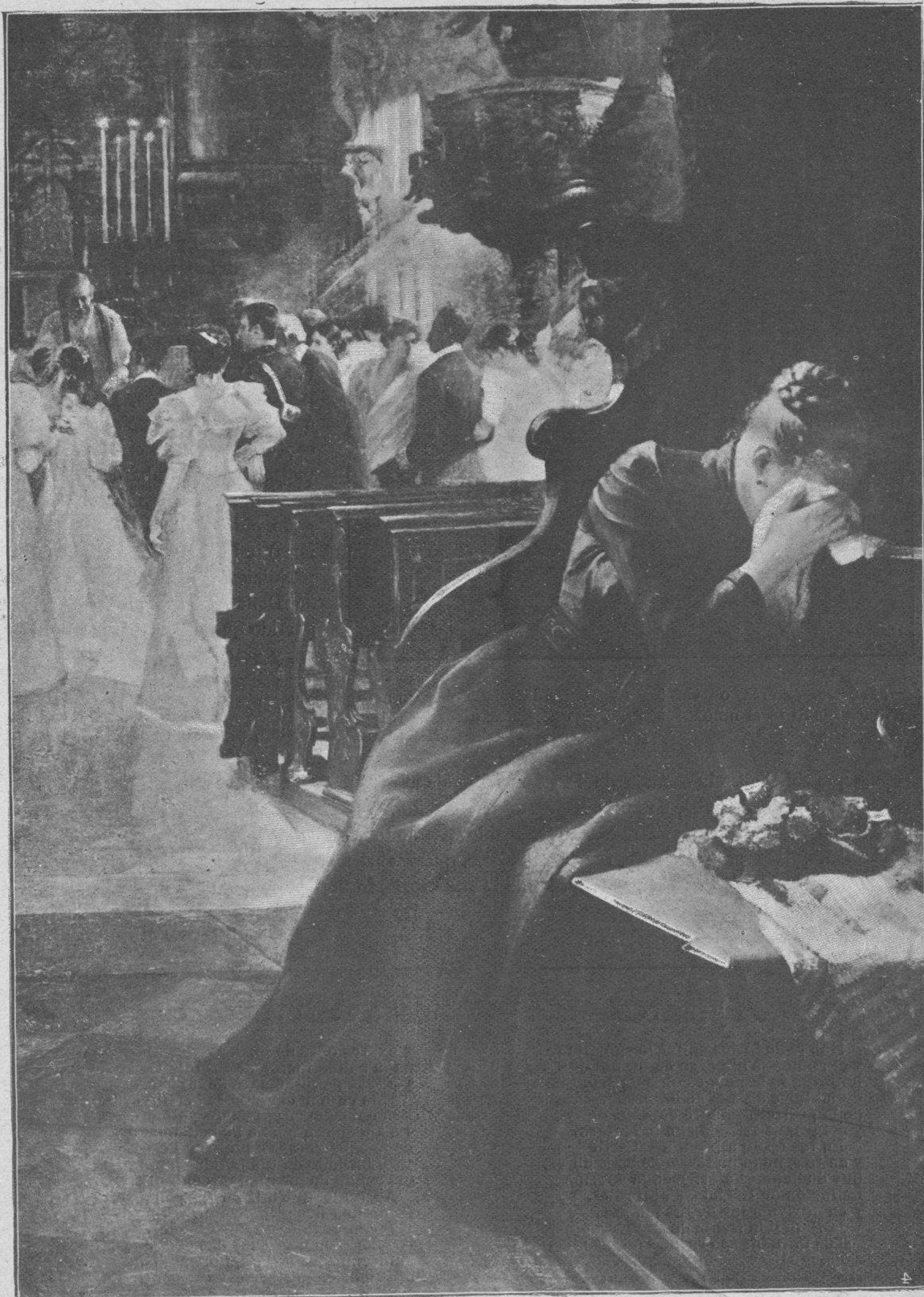
Llevó el mensajero la misiva, abrióla y la leyó Tirado, y en lugar de dar respuesta ni verbal ni escrita, despidió al enviado señalándole silenciosamente la puerta, se encapilló el paletot, se encajó la chistera, empuñó el bastón y se encaminó á casa de doña Consuelo.

Recibiólo ésta con temor, pero con alguna esperanza de poner fin al dichoso préstamo; quizás (pensó) le pagaría parte, si no todo.

Estaba doña Consuelo en el centro de su casa, junto á la consola cargada de reloj, floreros y baratijas de alta estima para su dueña. Alargó la mano ella, poniendo amable y risueño semblante, tomóle galantemente la punta de los dedos, con la vista baja, el aire tímido, fingió repentina y terrible sacudida nerviosa, y arrastró consigo á doña Consuelo, cuyos dedos tenía atenazados con los suyos por las extremidades.

Apoyóse la señora en la mesa para no caer, cayó contra ella y luego contra la mesa el afectado caballero, y aquello fué como terremoto, viniendo al suelo dueña, visitante, reloj, floreros,

BELLAS ARTES



—¡Y ha dicho que sí él! ¡Ha dicho que sí!



—¡Qué traidor eres, oh vinc!  
¡Nunca como tú el amor

rendirme de esta manera  
con sus excesos logró!

sala y que caía sobre la entrada de la casa, haciendo el oficio de las actuales mirillas, para si era Tirado quien llamaba, no abrir la puerta de en medio.

Ni aun en el día, en que Tirado, habiendo sido ascendido y teniendo que ausentarse de aquella población, quizás para siempre, fué á despedirse, quiso abrirle, á pesar de que éste, verdaderamente agradecido á la buena señora, le había anticipado la noticia de que ya estaba completamente curado de su mal.

RODOLFO MEDINA.

## ARMONIAS DE FAUSTO

Han callado sus cuitas los gorriones  
y el rumor se aletarga en los follajes:  
ha brotado la noche como un triunfo,  
de la dulce agonía de la tarde,  
de la postrera lumbre del Ocaso,  
y del primer ensueño de la Mátér...

En tus ojos palpitan los deleites  
y en tu seno la angustia de las madres;  
hay diademas de lirios en la enorme  
tentación de tus labios aurorales,  
y en la vívida luz de tus pupilas,  
y en tu pálida frente de cadáver.

Tus miradas se cruzan con las mías  
así como destellos de puñales.  
Huy sollozos de mágicos violines,

y expresiones de guzlas delirantes,  
en la cálida fuente de tus labios  
y en las palpitaciones de mi carne.

Han cesado el amor de las torcazas  
y la endecha ritual de los palmares.  
La silenciosa noche ha constelado  
de encubridoras sombras el bosque...  
y ha brotado en tus pálidas mejillas  
el carmín de los nimbos celestiales.

Acércate, que allá en tus primaveras  
como una flor retoñará mi carne;  
y al cantar mis delirios soñadores  
en tu espléndido Azur de castidades,  
subiremos los dos á un mismo tronco  
al rumor de mis besos y tus ayes!

JUAN CARLOS TABOSSI.

## ¡Maldito progreso...!

**T**ODO el camino se lo pasó hablándome. Sus amaratados y trémulos labios recuerdo que no estuvieron un momento sin decir alguna cosa, y sus arrugaditas manos no se dieron punto de reposo, ya señalándome los lugares por donde pasábamos, ya accionando para dar mayor expresión á cuanto decía.

Veía yo en él un cuerpo viejo que se marchaba, se marchaba lejos, muy lejos, allá fuera del mundo; pero que encerraba dentro de sí un alma joven, con entusiasmos é ilusiones, si se quiere, ilusiones, al fin, de los setenta años, vanas y efímeras; especie de alcázares magníficos, aunque contruídos de papel y emplazados en los aires.

—Mire, mire,—me decía;—aquí el paisaje presenta aspecto diverso ya. Antes, todo árboles: naranjos, palmeras, perales... Ahora, los horizontes más despejados: llanuras casi incultas, pero más cielo, más cielo. Repare qué grandiosidad adquieren aquellos azulados montes del fondo, con la sábana extensa y plantada de trigo que tienen delante. Esto es grande, es grande por lo mismo que es tan sencillo.

Y así, él hablando y yo escuchándole (pues si le contestaba era pronunciando monosílabos con que darle la razón, ¡tenía tantos años!), íbamos los dos hacia Madrid, sentados frente á frente, en el mismo departamento de un coche de tren exprés. El, para resolver unos negocios urgentes de carácter particular; yo... ni lo sabía siquiera: iba á la capital de España, como van muchos jóvenes: forjando una infinidad de proyectos; con ilusiones grandes; pero, en concreto, en concreto... ¿quién lo sabía? ¡A nada tal vez!

Y continuaba con su charla amena ocupándose de asuntos varios, pues no sólo se los sugerían la diferencia de aspectos de los lugares que atravesábamos, sino que su dispierta imaginación sabía relacionar y armonizar las cosas más antagónicas, y así vino á hablarme de los progresos modernos, de las cosas del día.

—¡Todo es mentira!—afirmaba mi simpático compañero de viaje.—Esos grandes adelantos é inventos que pasan á primera vista, no nos resuelven nada. Crea usted que mejor se viajaba en diligencias que no ahora en trenes rápidos; porque esta misma rapidez nos hace pensar en que algún día podremos cruzar los aires con el vuelo, y eso ambicionamos, y no somos felices. El telégrafo, ¡vaya una invención del diablo! A mí sólo me ha dado disgustos, noticias malas. La electricidad... sí, mucha fuerza, mucha energía... pero ¡cuidado con tocar un hilito de aquéllos, porque matan y exterminan más que el veneno! Y, dígame usted, ¿mueren menos personas porque hayan adelantado tanto las ciencias médicas? ¡Quia! No, señor; no, señor...

¡Pobre viejo! ¡No podía negar que lo era!

Y al fin llegamos al término de nuestro viaje. Paró el tren, bajamos en la estación, nos des-



—¿Por qué me miras así, con sonrisa desdeñosa?

¿No ves tú que yo en la tierra cuando quiero soy dichosa?

## La Saeta

pedimos afectuosamente y nos internamos en la capital con pensamientos y direcciones diferentes.

\* \* \*

A los pocos días de mi residencia en los madriles, encontré casualmente en una de sus calles al viejo, mi buen compañero de viaje.

Estaba muy triste, trastornado, como si no fuese el mismo.

¡Claro! Por unas horas que llegó tarde, quebrantósele su negocio, y, como consecuencia de ello, tuvo que perder una respetable suma.

¡Cuánto lo sentí!

Y medio llorando me dijo: «—¡Ah, si yo hubiera podido venir en diligencia, no tendría ahora que lamentar esto, porque hubiese ido con más cuidado de no llegar tarde!... ¡Maldito progreso...!»

R. HUGUET.

## BELLAS ARTES



MARTA (*leyendo*).—Dile á tu prima que echo de menos su letra...  
JULIA (*interrumpiendo*).—¿Y nada más?

---

## NOCTURNO

Estaba yo dormido,  
y me dijo el Amor: —Yo seré el ave  
que labrará tu nido;  
yo seré el aura que te arrulle suave;  
yo seré luna llena  
que tus plácidas noches ilumine;

yo seré la sirena  
que con su dulce canto te fascine;  
yo seré el transparente  
tranquilo mar por do tu esquife bogue;  
¡yo seré la serpiente  
que se enrosque á tu cuello y te ahogue!

B. MARTÍNEZ DURÁN.

BELLAS ARTES



- ¡Por ahí viene el tuno!

# Cháchara alegre

(Desde Zaragoza)

Lo cierto es que parece irrespetuoso escribir un *Cháchara alegre* en esta semana *fúnebre*; pero como de lo que he de ocuparme es de los Juegos Florales, y éstos resultaron, como no podía menos de suceder, *fúnebres* de verdad y sobre todo *latosos*, no resulta tan grande la falta de respeto á los muertos.

A mí no me *cogió de susto* la *lata*, porque ya fui al Teatro Principal, donde se celebraba la fiesta, con la convicción de que iba á aburrirme soberanamente oyendo, durante toda la tarde, odas, elegías y otras cosas más ó menos insufribles.

Al entrar en la sala, lo primero realmente *fúnebre* con que me tropecé fué con la poetisa del pelo rubio, sentada en una butaca al lado de un joven esteta tan acicalado y tan perfumado y tan memo, que me dió ganas de sentarme cerca de él para observar los gestos que haría con sus facciones á medida que los premiados fueran leyendo sus engendros.

Momentos después, la literata y el pollo en gomado comenzaron una conversación tirada, y yo me acomodé del mejor modo posible para poder oír las cosas que se dirían. Entonces me convencí de la memez del gomoso, porque empezó á poner los ojos en blanco dirigiendo miradas incendiarias á la señora rubia y á decirla chicleos y frases amorosas.

—Sus poesías,—le decía él,—deben ser de color de cielo, porque en sus ojos se refleja toda la dulzura de aquél.

—Mis poesías no sé de qué color son; pero lo que sí le puedo decir, es que me salen del alma, porque cuando las escribo parece que voy depositando sobre el papel todo mi espíritu á pedazos.

Yo no pude contenerme y solté una carcajada que hizo volver la cabeza á la poetisa y á los que ocupaban las butacas próximas. La señora rubia me dirigió una mirada de rabia mal contenida, y por lo bajo debió de insultarme.

En aquel momento comenzó la sesión, y con ella yo comencé á sentir un sopor especial, como si quisiera dormirme. Pero hice esfuerzos supremos para vencer el



—Y le espero y no viene;  
¡pues tarde, tarde,

no sabes que me canso  
de estar sentada!

sueño, porque era preciso que yo siguiera observando á doña Facunda, que es el nombre que le puse á mi querida poetisa, y, sobre todo, ¿qué diría la concurrencia si en medio de la solemnidad del acto que se celebraba hería sus tímpanos, dedicados aquella tarde á escuchar poesía sublime, el ruido de mis ronquidos? Porque yo, aunque no me esté bien decirlo, ronco.

Por fin conseguí vencer la modorra, y pude seguir los movimientos, las muecas y las exclamaciones de entusiasmo con que bordaba doña Facunda los hermosos párrafos anticatalanistas del discurso de D. Víctor Balaguer.

Y confundidas con éstos llegaban á mis oídos palabras y frases entrecortadas de la conversación de doña Facunda.

—Mis poetas... los lunes...

«¿Quiénes serán sus poetas?» pensaba yo, mientras contemplaba los cabellos lacios pintados de rubio que manchaban por detrás el cuello de su vestido extravagante.

Luego, aunque con gran trabajo, pude colegir que los lunes recibía á sus poetas, que al parecer le tomaban el pelo de modo horrible y le hacían diabluras á la pobre señora.

Llegó un momento en que ni el discurso de Balaguer, ni la conversación de D.<sup>a</sup> Facunda me valieron, y mis párpados cayeron bajo el peso de aquella atmósfera de Juegos Florales y me quedé dormido blandamente como un niño en el regazo de su madre.

Fué aquél un sueño delicioso, de los mejores que he tenido en mi vida.

Me despertó un grito ronco, y al abrir los ojos y ver delante de mí la cara hombruna de la poetisa surcada de profundas arrugas mal disimuladas por el mejurge que embadurnaba sus mejillas, me levanté de la butaca y salí corriendo del teatro para no verme obligado á cruzar con ella mi palabra.

Créanme ustedes: solamente hubiera intentado hablarla, si tuviera intenciones de suicidarme; porque aquella buena señora, en la única tentación que es capaz de hacer caer á un hombre, es en la del suicidio.

CARLOS RÍA-BAJA.

## CAÑITAS

### I

No te creas dominarlo ..  
¡que con el amor, ya basta  
para estar un hombre esclavo!...

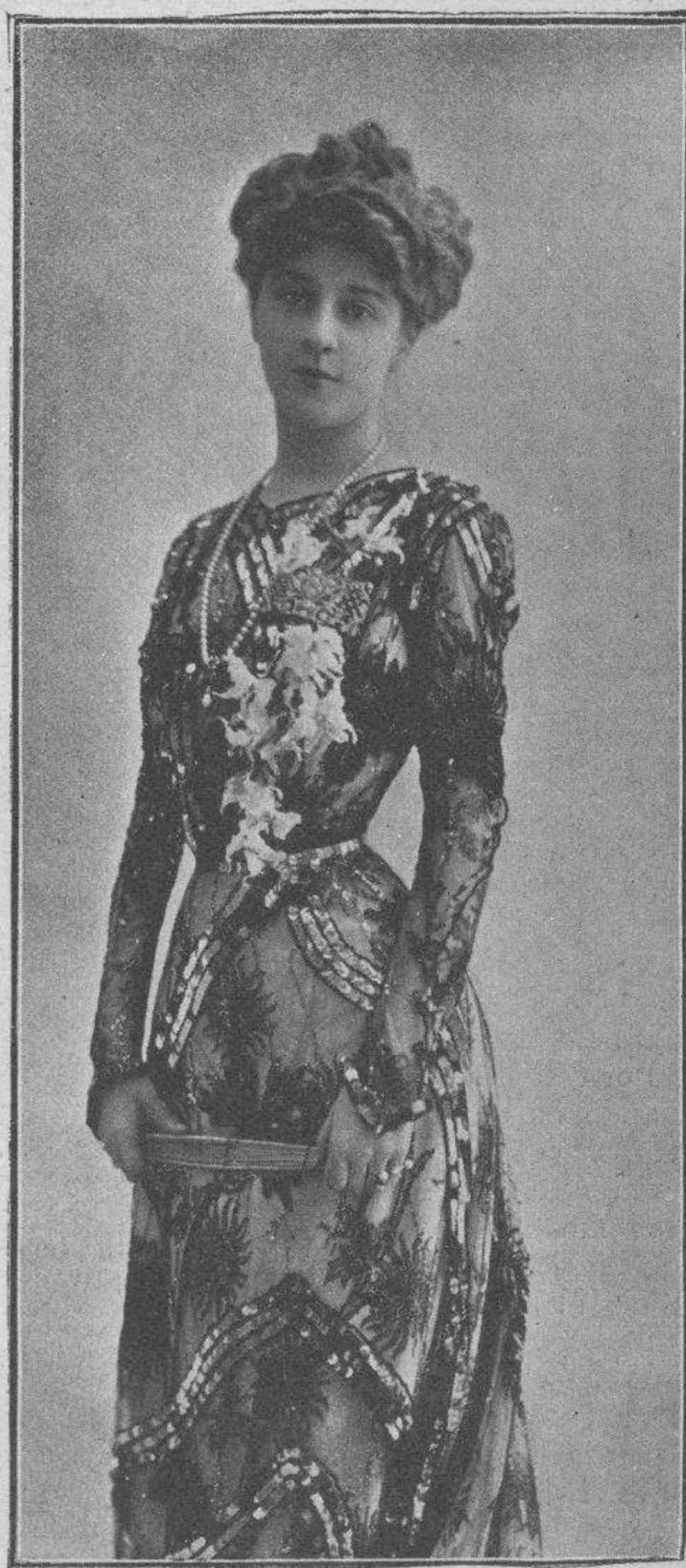
### II

Voy á contar al instante  
la historia de esa mujer;  
Tú, Usted, Excelentísima,  
aquella. el número tres...

### III

Lloré cuando dijo un hombre:  
—Su cariñito no es falso,  
que me he mirado en sus ojos  
y me he visto retratado...

J. ENRIQUE DOTRES



Aunque están muy cerrados    ¿qué palabras dirían  
mis labios rojos,                    lo que mis ojos?

## EL DOS DE NOVIEMBRE

**E**N estos tristísimos días en que la piedad y la costumbre lleva á los vivos á la mansión de los muertos, el ánimo se sobrecoge si, llevado del deseo de observar y de ver, penetra uno en esos lugares.

¡Cuántas celebridades de un día, desaparecidas y olvidadas!

¡Cuántos cariños tiernísimos, qué de amores eternamente jurados, y que, rotos por la muerte en vida, habrán vuelto á reanudarse en el secreto de la tumba!

En medio de inscripciones rarísimas y de poesías tan disparatadas como llenas de sentimiento, hay preciosidades diseminadas por aquellas lápidas, detrás de las cuales están los restos de personas que no tienen ya quizás el recuerdo de los suyos; ¡que tal vez no tengan en la tierra quién de sus cenizas se acuerde!

¡Familias, generaciones que volvieron al polvo, y que nos esperan para darnos las gracias ó para llamarnos ingratos!

Por esta razón, cuando en algún camposanto se observa alguno de esos modelos de constancia en el dolor, el alma se conmueve.

Yo he visto ir meses y meses á un caballero al cementerio de...; yo le he visto arrodillarse y abrazar la cruz que coronaba aquella tumba; yo le oí decir en alta voz las frases más encantadoras, las más tiernas, llamando al pedazo de su corazón, y pedir á Dios la dicha de morir.

Yo he visto una madre, joven y hermosa, llorar días y días sobre la losa que cubría el encanto de su alma.

Pasarán los años; aquellas lágrimas no correrán más; la tierra habrá igualado todos los dolores, y, semejante al mar, todo lo cubrirá.

El tiempo corroe la piedra; bórranse las pomposas inscripciones, y hasta el mármol más

duro cae, al fin, convertido en polvo. Después ¿qué queda en este mundo?

¡Nada!

Una sola cosa sobrevive al hombre: la memoria de sus beneficios; recuerdo querido que se transmite de generación en generación, siguiendo la rápida carrera del tiempo; de ese tiempo que borra todo lo demás, sin piedad, á su paso.

¡Dichoso aquel que, durante algún tiempo siquiera, deja tras de sí afectos y recuerdos de gratitud y cariño!

¡Estúpido y desdichado el que, pudiendo, no se acuerda de sí propio, y pasa por este mundo sin más norte que la avaricia y el lucro, que han de disfrutar luego seres que ni siquiera han de bendecir su nombre, y que acaso malgastarán su patrimonio en bacanales, en alegres placeres...!

Queriendo observar, como digo

al principio, queriendo penetrarme del sentido de la realidad, en un día como éste, que desde pequeños marca indelebles huellas en nuestro espíritu, yo concurrí varias veces á los cementerios.

Y siempre salí tristemente emocionado; sintiendo no sé qué melancolía al pensar en los que reposan en las tumbas, y no sé qué piedad por los vivos...

### PENSAMIENTOS DE ELLAS



Ya sé lo que tú piensas;  
pues te equivocas,

¡no es la miel de mis labios  
para tu boca!

FRANCISCO OLTRA.

# EN LA TIENDA

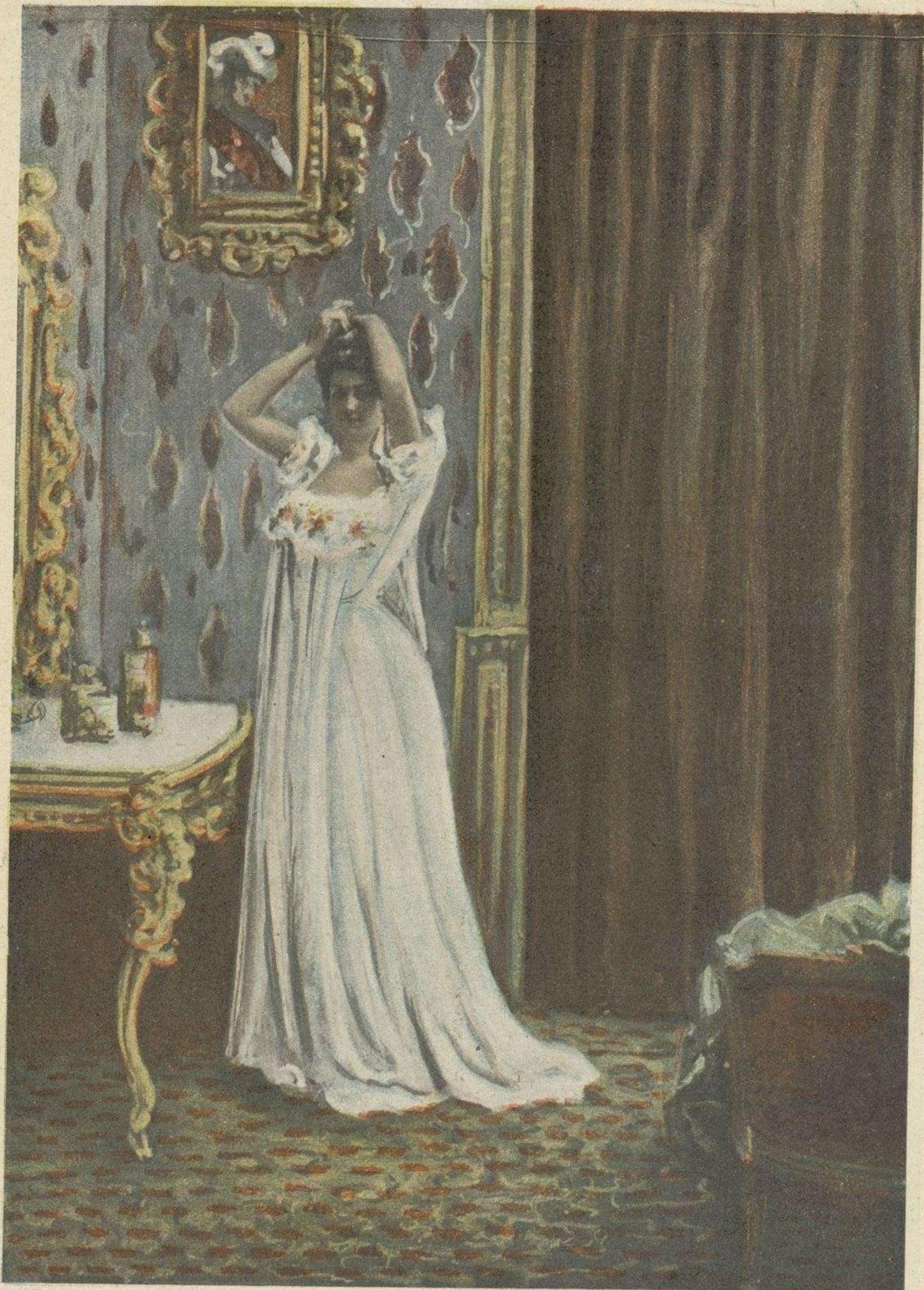
—Muy buenas tardes, señora.  
 ¿Cómo está usted, doña Ignacia?  
 ¿Y las niñas?  
 —La mayor está un poco resfriada.  
 —¿De veras?... ¡Lo siento mucho!  
 —¡Hombre, no, será de guasa!  
 —Usted dispense, señora.  
 ¡Caramba con la muchacha!  
 Y ¿desde cuándo está así?...  
 porque hará cinco semanas la encontré con su primita, y, la verdad, no lo estaba.  
 —¿También es usted chistoso?  
 ¡Pobrecito!... ¡sí que es lástima que en estas cuatro paredes se malogre tanta gracia!...  
 —¡La metí! Pero, paciencia, que es muy buena parroquiana.)  
 ¿Querrá usted algo, señora?  
 —Algo quiere doña Ignacia.  
 ¡Pues no, que vendré yo aquí para verle á usted la cara!...  
 —Perdone si la he ofendido.  
 —Perdonado, y tantas gracias.  
 —Las gracias... ¿de qué, señora?  
 —¡Hombre, no piensa usted nada! De cuando me dé la silla para que esté yo sentada.  
 —Aquí la tiene.  
 —Estimando.  
 —¿Qué quiere usted?  
 —Tenga calma, que yo compro muy despacio, y me encuentro fatigada.  
 —¿Quiere aceptar mi abanico?  
 —No, señor; no me hace falta. Ya mi esposo los fabrica y me están sobrando en casa.

—Sí, sí; por eso la gente le llama la *Valenciana*.  
 —¿Otro timito? Me alegro.  
 ¡Este pollo es una alhaja!  
 —No se incomode, *amiguita*.  
 —Si no estoy incomodada; pero vengo echando chispas, porque, ¿sabe usted?, la Blasa, aquella punta del coro que si quiere cantar ladra, va diciendo la muy... eso, entre la gente de tablas, que yo... ¡Figúrese usted lo que mi boca se calla...!  
 —Comprendido; pero crea no debe importarle nada, porque á mí de ella me han dicho otro tanto, doña Ignacia.  
 —¿Y de mi Pepa? ¡La pobre!  
 ¡Hija mía idolatrada!  
 ¡Verse ofendida por ella, siendo *talmente* una santa!...  
 —No se apure usted, señora.  
 —Eso, ninguna cristiana que tenga así como un átomo de vergüenza ó de *prosapia*, suelta tales palabrotas de esas que llegan al alma.  
 ¡Va diciendo que Pepita con el marqués de la Azada son novios y que ha tenido...  
 —Vamos, bien: una desgracia...  
 —(Bueno, así le llamaré...) y que no estoy enterada!  
 ¿Ha visto usted qué mentira?  
 ¡La bribona descarada!  
 ¡Yo sé todo lo que ocurre; yo sé todo lo que pasa, y no puedo permitir

ofensa de tal calaña!  
 —Es verdad; pero, señora, ¡diga usted qué le hace falta!  
 —¡Aguárdese usted un momento, hombre, que estoy fatigada!...  
 —Me aguardaré.  
 —¿Qué decía?  
 —¡Un diluvio de palabras!  
 —Su compañero Jiménez, que es *amigo* de la Blasa, debe saber aventuras de esa... *destroza pentágramas*.  
 ¿Quiere llamarle y veremos si nos cuenta algo de gracia?  
 Hágalo usted, por favor, que estoy trinando de rabia y quiero saber detalles de su vida y de su casa para poder relatarlos como mi justa venganza.  
 —Le llamaré... pero, diga: ¿no querrá comprarnos nada?  
 —Tiene razón el amigo. Pues, mire, se me olvidaba. La verdad: ¡este disgusto me tiene muy trastornada!  
 —¿Se puede saber qué quiere?  
 —Sí; quiero un poco de lana.  
 —¿La querrá pajiza ó verde...?  
 —Mi Pepa, que está...  
 —¿Encarnada?  
 —No, señor; en Vallvidrera... Digo, sí, muy bien, y gracias. Me marchó, que tengo prisa.  
 —¿Que tiene prisa? ¡Caramba! ¡Cualquiera lo acierta!...  
 —¡Adiós!  
 —¡No corra usted, doña Ignacia!...  
 MORENO.



PAISAJE DE ASTURIAS



—¡Mira que si hoy no se decide!

## CORAZONES

**P**R el quieto lago, por el dormido lago verdinegro, resbalaban los albos cisnes, cual móviles copos de nieve...; resbalan los albos cisnes con el cuello enarcado sobre el pecho de armiño...; resbalaban en una triste somnolencia, lentos, muy lentos..., muy lentos..

La arboleda obscura que ceñía el lago como una diadema de zafiros y esmeraldas, suspiraba vagamente á los serenos besos de las brisas tranquilas de la tarde..

Los pájaros dormían...; sólo de vez en cuando ritmaba en el silencio del parque una dulce queja, una queja de algún nido de amor, de algún nido juvenil...

Dormían las flores sueños fragantes...; dormían las flores delirios sonrosados...

Todo dormía en aquel atardecer primaveral...

\*  
\*  
\*

...Bajaban por la escalinata del coqueto hotel...; bajaban entre locos juegos...; ella reía...; reía él...; los dos reían después de la larga ausencia en que murió el amor de sus mudables corazones...

Al encontrarse de nuevo, después de tantos días de vida indiferente, después de tantos días que, como pesados eslabones, fueron formando la cadena del olvido, reían...

La solemne calma de aquella tarde azul, cantaba en sus almas una canción de recuerdos...; inundaba sus almas de sensaciones lejanas...; evocaba en sus almas las remotas tardes de amor, las tardes de besos llorosos...

\*  
\*  
\*

...La tibia sombra del anochecer morado envolvía sus cuerpos y sus almas...

Llegaron riendo, llegaron con los ojos cargados de risa, al solitario bosque de cipreses.. Atraídos por irresistible impulso lascivo, enlazáronse sus brazos, uniéronse sus pechos latiendo agitados, ardientes .., uniéronse sus labios .., sonó un beso húmedo, un beso lánguido con languidez de espasmo, con languidez de fuego lúbrico ..

La sombra envolvía sus cuerpos y sus almas...

\*  
\*  
\*

¿Había brotado de nuevo el amor en sus corazones helados mucho tiempo por el frío de la tumba de la ausencia?...

No ..; si hubiera brotado aquel antiguo amor de las tardes de besos llorosos, aquel amor que los embriagó en el pasado, no habría estallado aquel beso lúbrico en sus labios...

Si hubiera renacido aquel amor, habría renacido entre lágrimas...

JUAN R. JIMÉNEZ.



EN LA PLAYA



—Pobre chica, la que tiene que servir

## CASTILLOS EN EL AIRE

CUANDO, después de la comida, á la una de la tarde, los segadores conversaban alegremente, esperando la llamada al trabajo, Juan, retirado de sus compañeros y tumbado sobre la hierba, dejaba vagar por apartadas regiones á su imaginación.

Aquel rato era para Juan el más feliz de todo el día. Tumbado *boca arriba*, con la boca sonriente y los ojos fijos en el cielo, soñaba un porvenir lleno de venturas.

Sabía aquel muchachote de veinte años que era guapo y buen mozo y que tenía una imaginación bastante clara. Esto lo decían todos los del lugar. Así que á Juan le *venía pequeño* el marco de la aldea, y lo que él se decía:

—Es lástima que *desperdicie* la belleza de mi juventud. Las mozas de la aldea quieren de una manera muy ordinaria, y es lástima que mi talento permanezca oculto.

Y el hombre pensaba en la ciudad, en la que tendría amores con una señorita elegante y *perfumá*. En la ciudad, donde podría desempeñar un cargo importante; el de guardia municipal, por ejemplo; y donde tendría, cuando hubiese ahorrado, una casa lujosa y un coche arrastrado por dos caballos.

Era una hermosa tarde. Juan, durante la mañana, había trabajado de mala gana, y después que hubo comido se tumbó sobre la hierba á pensar en Madrid. Juan había decidido marchar á la capital de España. Aquellos planes concebidos en la soledad del campo iban á ser puestos en práctica.

Todos los mozos del lugar tenían envidia á Juan, y, en verdad, esto era lo que más le satisfacía.

—¡Qué grandioso es *Madriz!* Icen que hay plazas como cuatro veces la aldea y palacios doble más altos que la torre de nuestra iglesia. Veré á la Reina. ¡Qué guapa y qué adorná estará! Veré al Rey. Icen que es general. ¡No será tanto!... En *entrando* en amores con una señorita lo mando á icir en la aldea para que se mueran de envidia estos aldeanos inorantes. Tendré que tratar á la novia con mucho mimo, porque esas de *Madriz* son muy delicás.

Esto se decía Juan, cuando percibió el ruido producido en el sendero por continuas pisadas; alguien se acercaba. Alzóse y vió llegar á Nicasia, la moza más bonita de cuantas había en la aldea.

—Dios te guarde, Juan.

—Dios te guarde, Nicasia.

—¿Conque te vas?

—Sí, me voy.

—Pues güena suerte, y hasta la güelta, si es que güelves...

Nicasia echó á andar, restregándose los ojos con la palma de las manos.

—Nicasia, ¿por qué lloriqueas?

—¿Yo? Por ná... Es que m' ofende la luz del sol, ¿sabes?... Con Dios, Juan.

—Espera, Nicasia, espera.

—¿Qué quiés?

—¿Qué quiero? Saber tus penas. Soy tu mejor amigo; cuando chico fui tu novio, ¿te acuerdas? Asina es que t' estimo y he de

procurar por tu dicha. Mañana me voy á *Madriz*, y, bien lo sabe Dios, sentiría no romper los morros á quien te haiga faltao.

—¿De veras?

—¡Miálas!—exclamó Juan, besando la cruz formada con dos dedos.

—Gracias,—dijo Nicasia sonriendo.

—No las des. Demás sabes que te aprecio, y si por algo me *pesa* el dirme de la aldea es por dejar de verte.

—¿Lo ices con el corazón?

—Mujer, qué cosas preguntas. Lo he dicho con la boca.

—Pues *pesándote* el dejarme, ¿á qué te vas?

—A ser una persona ilustrá; á reunir dineros y celebrar güena boda.

—¡A casarte!

—¡Claro! En *Madriz*, un muchacho guapo y listo hace el gran casorio.

—¡Mentira!

—¿Mentira?

—Sí, tú haces muchos «castillos en el aire».

—¿El qué hago? ¿Qué quiés icir, Nicasia?

—Cuando s' enteró la *vieja* de tus cavi-

laciones y supo que ibas á *Madriz* con la cabeza llena de visiones, me dijo, ice: «Juan no sabe lo que es *Madriz*.» Yo he estao en él y le aconsejaría que no fuese. En *Madriz* se pierde cualisquier hombre honrao. Juan se piensa que va á vivir mesmamente que un príncipe y s' engaña. Las cavilaciones que hacen vaya á la ciudad son, como ice el señor cura, «castillos en el aire», que son mú bonitos, pero que s' harán polvo en cuanto que llegue á *Madriz*. Lo que hace falta es que le deshagan esos *castillos* antes de que cambie el cachito de gloria de la aldea por el infierno de la ciudad.

—Difícil me paice el deshacer los *castillos*. No lo han conseguido los lloros de mi madre...

—Aquí puedes encontrar una mujer que te quiera mucho y que pase la vida á tu lao, mirándote como se mira al que se quiere: asina...

Y Nicasia fijó sus ojazos negros en los de Juan.

—Aquí puedes casarte,—prosiguió,—y vivir con tu esposa en una casica colocá en el campo; una casica no lujosa, pero sí limpia y arreglá, y créeme, Juan,

las señoritas no son guapas de *verdad*, ni quieren de *verdad*. Sin salir de la aldea encontrarás una moza que no sea fea.

—No hay muchas bellezas.

—No seas desigente. Hablo de una moza regular... Figúrate, esto es un ejemplo, figúrate que yo te quiero. ¿Qué te parezgo? ¡Mírame!

—Tú eres guapa. Y si fuera verdad que me quieres, ¿cómo me lo dirías pa que me enterase?

—Pues... ¡asina!

Y Nicasia puso sus labios, que por lo rojos y abrasadores semejaban dos ascuas, en los de Juan, y en ellos dejó un apretado beso, volviéndose seguidamente arrepentida y avergonzada.

—Nicasia,—dijo Juan sonriendo,—tú vivirás conmigo en la casica que icías enantes. ¡Qué felices seremos!

—Bien en el aire estaban los *castillos*, Juanico; un beso los deshizo.

—Era un beso de mucha juerza.

\* \* \*

Un mes después, en la iglesia de la aldea, se celebraba el matrimonio de Nicasia y Juan.

FRANCISCO ROMERO GONZÁLEZ.



á una dama que se pasa el tiempo así.

# Miscelánea

Notas bibliográficas:

*Del Agre Dols*, por Sanmartín y Aguirre.—El inspirado poeta valenciano ha reunido en un tomo varias composiciones que titula «Coloquis, lletretes y epigramas», las últimas diseminadas por infinidad de periódicos en que colaboró su chispeante y ocurrente pluma.

Aunque todo ello vale mucho, son digno de mención los «Coloquis»; constituyen los «Coloquis» género difícil, por lo mismo que es típico, verdaderamente original en la literatura valenciana; casi, casi lo que más fuertemente ha contribuido á que los escritores valencianos constituyesen escuela, hasta el punto de influir en el sainete, que en el fondo participa de su índole. El «Coloqui» tiene en lo abstracto del tipo, algo de personal que refleja á la par el carácter y el sentimiento de un pueblo que justamente llamó Campoamor andaluz del norte. Anima, pues el cuadro, cierta gracia picaresca mezclada con una ingenuidad adorable, que el señor Sanmartín y Aguirre ha interpretado con rara fortuna.

La precipitación con que se escriben las presentes líneas nos impide profundizar en el juicio de un asunto que merece mayor detenimiento y espacio. Sanmartín y Aguirre es digno de elogio por resucitar el género, y hacemos votos por que le imiten otros poetas. No hay que decir si complace la lectura de estos «Coloquis», versificados fácil y pulcramente, sin que pierdan su ingénita y natural sencillez.

El tomo es bilingüe; contiene poesías en valenciano y castellano, y está ilustrado por discretos dibujantes.

A continuación reproducimos dos epigramas:

Monárquico fué Conrado  
y en político litigio,  
por su esposa aconsejado,  
con el mayor desenfado  
se encasquetó el gorro frigio.

No te fué del todo mal  
al político inconsciente  
un cambio tan radical,  
pues le hicieron presidente  
del comité federal.

Y decía con placer  
perorando en cierto corro:  
—Si ministro llevo á ser  
lo deberé á mi mujer;  
¡porque ella me puso el gorro!

Después de haber presenciado  
un casamiento, un golilla  
le dijo al recién casado  
que fuese con su costilla  
á registrarse al Juzgado.

Y el novio, con faz llorosa,  
le dijo al golilla: —Iré:  
que me registren, es cosa  
á la cual no me opondré;  
¡mas nunca consentiré  
que registren á mi esposa!

Tenemos el gusto de advertir á nuestros lectores que la señora Heredera de Pedro Motilba, propietaria de este periódico, tiene á su cargo la corresponsalia de las siguientes publicaciones: *Heraldo de Madrid, El País, El Nacional, La Correspondencia de España, La Elegancia, La Lidia, La Casa Ilustrada, Miscelánea, El Tío Jindama, y Heraldo Taurino.*

Dirigirse al kiosco de la Rambla, número 3.

—Si no hubiese sido por su mujer, es indudable que el conde de R... se habría gastado á estas horas todos sus millones.

—Y ¿qué ha hecho su mujer?

—Gastárselos ella.

Entre amigas:

—¿Rezas tú mucho?—preguntóle Matilde á Enriqueta.

—Mucho, — contestó Ramona;—sobre todo desde que me he casado.

—Y ¿qué le pides á Dios?

—¡Paciencia!

## Charada

Hoy veré «Don Juan Tenorio»;  
es costumbre, en mí arraigada,  
que no he pensado variar  
ni por nadie ni por nada.  
Prima dos vez que lo veo  
se me han de saltar las lágrimas  
tes cia cómo pasa el tiempo...  
cuando mi madre adorada,  
que es ya *todo*, á los teatros  
de pequeño me llevaba...  
Mañana iré al cementerio,  
como la Iglesia nos manda.  
Perdón, lector... ¡no te rías!...  
Siento un vacío en el alma...  
¡El recuerdo de mi madre  
llena mis ojos de lágrimas!...

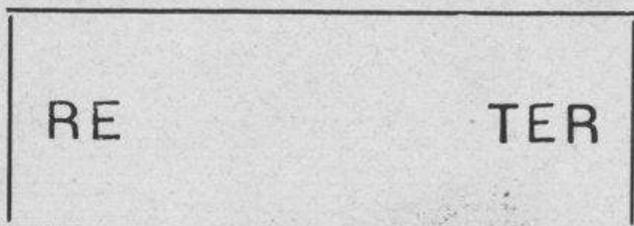
MORENO.

**Cruz numérica**

9 3 4 2 8 9 6	Apellido.
1 2 3 6 9	El tigre.
9 8 9	Parte de ave.
6 2 1 8 5	Arma de fuego.
9 4 6 5 8 2 7	Nombre de varón.
6 7 3 9 6	Súplica.
6 5 7	En los penales.
4 8 8 7 9	Desgracia.
3 4 5 6 6 2 8 8 9	En la guerra.
6 2 5 3 7	Apellido de un general.
6 2 7	Corriente de aguas.
2 3 7	Fruta.
7 6 7	Metal.
2 6 9	Pecado.
7 8 9	En el mar.
1 4 5 3 7	En la hornilla.
1 5 6 6 5 6 7	Apellido.
1 2 3 4 5 6 7 8 9	Apellido.

X. X. X.

**Jeroglífico comprimido**



A. DAROCA GIRALT.

**Criptografía**

.. d.... q.. . . . j..  
 ..n.s ...p.s..n .nsp...  
 .s .. q.. h... p.d....  
 . q...n p.. .... s.sp...

Para completar el precedente cantar, se tiene que substituir cada punto por una de las letras de la siguiente clave:

< MURCIÉLAGO >

V. ARCE Y M. PÉREZ.

**Soluciones á lo insertado en el núm. 518**

CHARADA.—Camisa.

TARJETA.—LA SAETA = Luján.

**Correspondencia**

por CLAK

M. M.—*Madrid*.—Revisado escrupulosamente, el original no parece por ninguna parte. No recuerdo haberlo recibido, á pesar de lo que usted dice. Tampoco tengo presente semejante trabajo. ¿En qué fecha lo remitió usted? Lo digo porque no todas las fechas me corresponden.

Pero aparte eso, usted comprenderá fácilmente que un

periódico como LA SAETA, que recibe diariamente gran número de cartas, y por tanto un número *que no se puede contar* de escritos, no puede conservar los originales. Conforme se revisan, los que no sirven van rotos al cesto. De no ser así, usted convendrá conmigo en que necesitaría un archivo más ancho y largo que el de la Biblioteca Nacional. Tampoco hay memoria que conserve el recuerdo de un título ó de un trabajo, cuando diariamente se han de leer tantas y tantas cosas que nada dicen, que ninguna impresión dejan en el espíritu.

Lamento el caso de usted, por tratarse de usted, y le felicito y de veras me alegro por las conquistas obtenidas. Es posible, pero muy posible que ni usted ni yo tengamos la culpa. Pero, de todos modos, no está en mi mano devolver original alguno.

J. C.—*Madrid*.—Algo de lo anterior conviene á usted. Extraño su última tarjeta. Lo mismo que antes continúa estimándosele. Se le escribe particularmente.

F. R. S.—*Ferrol*.—¡Cuidado que se necesita ser tonto de solemnidad para salir, como usted sale, por... por peteneras.

S. G.—Nó, hombre, nó.

Asquer.—Y yo digo:

Asquer, Asquer, yo lo imploro  
 de tu hidalga compasión;  
 vete con tu inspiración  
 á darle la lata al moro.

Eso del moro podrá ser un ripio, pero ¡ojalá Dios que fuese también verdad!

S. D. N.—

SEGUIDILLAS

•Anda que cante  
 quien de cantar tenga ganas,  
 yo tengo ganas de dormir  
 y no canto.  
 Porque el cantar,  
 digan lo que quieran los sabios,  
 hace mucho mal. •

Como que produce ronquera, figúrese usted. Y esas seguidillas ¡qué son, manchegas ó modernistas?

**NOTA BENE IMPORTANTÍSIMA.**—Esta redacción no devuelve originales.

Prohibida la reproducción de los originales de este número

**LA SAETA**

SEMANARIO ILUSTRADO

Toda la correspondencia  
 al Administrador D. ROMÁN GIL

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, BALMES, 86

**PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN**

España y Portugal, semestre. . . . . 6 pesetas.  
 Año. . . . . 11 ,  
 Extranjero y Ultramar, un año. . . . . 17 ,

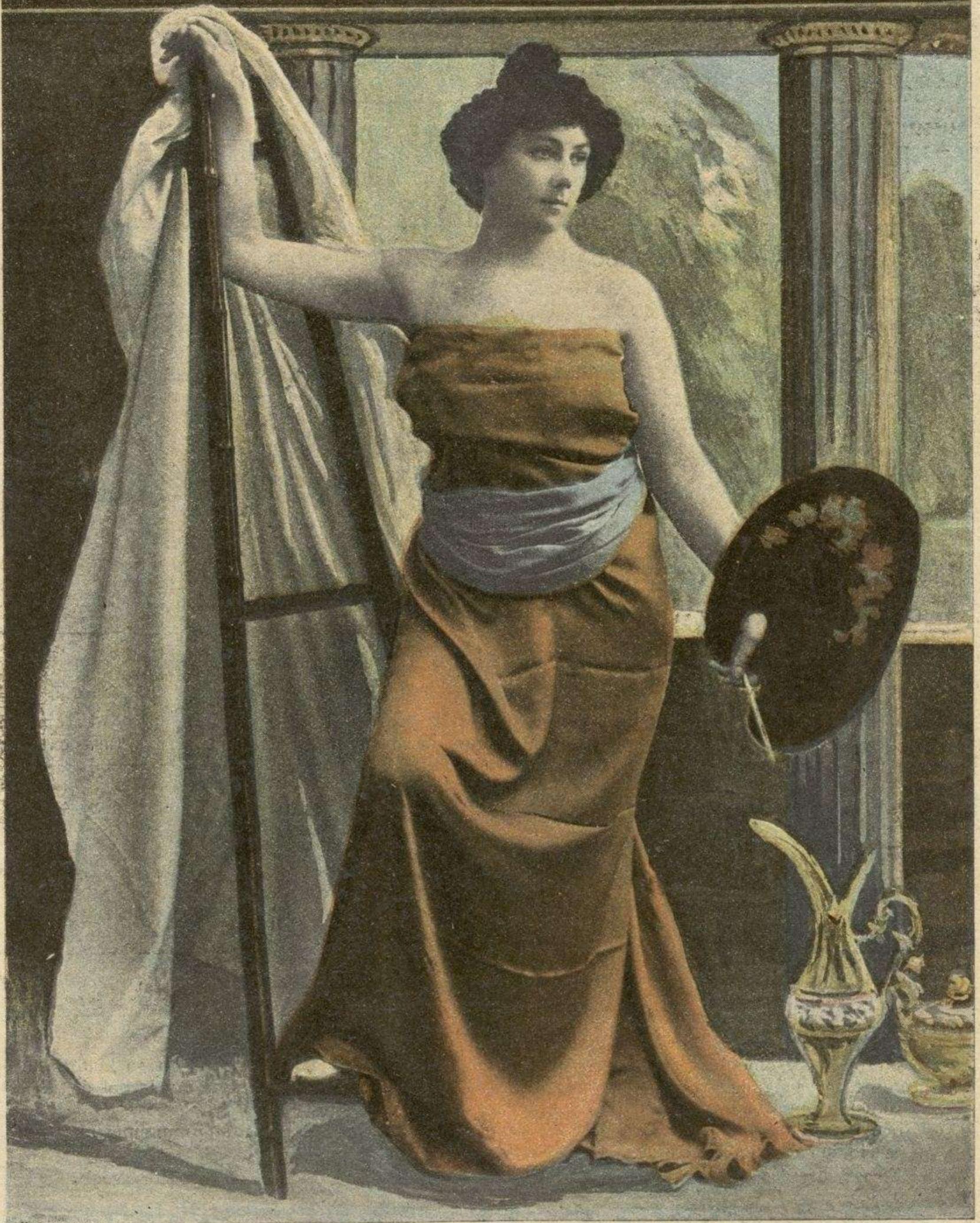
Número corriente, 20 céntimos.

Número atrasado, 30 céntimos.

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes.—Pago adelantado.



# LA SAETA



20 cénts.

Núm. 520

# Novelas publicadas por el Administrador de "LA SAETA"

LA MUERTA VIVA ó EL SEPULCRO MISTERIOSO, por Leandro García Merino.

Forma esta interesantísima novela un voluminoso tomo de 492 páginas en 4.º, con magnífica cubierta al cromo y 20 preciosas láminas en color.—Precio, **4 pesetas**.

## Novelas ilustradas á 2 reales tomo

EL HIJO DE LA NIEVE ó LOS PERROS DEL MONTE DE SAN BERNARDO.

LÁZARO EL MUDO ó EL PASTOR DE FLORENCIA.

LA FUERZA DE LA CONCIENCIA.

LA EJECUCIÓN DE UN VERDUGO.

ENRIQUE DE LAGARDERE ó EL JOROBADO.

LOS HUÉRFANOS DEL PUENTE DE NUESTRA SEÑORA.

CORPUS DE SANGRE ó EXPIACIÓN.

LA CHOZA DE TOM ó EL MARTIRIO DE LOS NEGROS.

VALENTÍN EL GUARDACOSTAS ó UN CRIMEN MISTERIOSO.

LA ESPOSA MÁRTIR ó LA HERMANA DEL CARRETERO.

ZAZÁ, MIMÍ Y C.ª

EL TENORIO DE BELCHICHE.

ENTRE NIÑAS Y BRIGADIERES.

LULÚ.

## Biblioteca económica á 20 céntimos tomo

LA PLEGARIA DE AMOR.

LA HIJA DE LA MUERTA.

EL MÁRTIR DE SU CULPA.

CORAZÓN DE MADRE.

LA CARIDAD DE UN ÁNGEL.

ABANDONADA EN EL MUNDO.

CALVARIO DE AMOR.

MAL PADRE Y BUENA HIJA.

CORAZÓN EN LA MANO.

EL SUPPLICIO DE UNA MUJER.

EL PERDÓN DEL MARINO.

LÁGRIMAS DE HIELO.

EL REY DE IMERECIA.

EL CUENTO DE MARÍA.

PRESA DEL DIABLO.

ANDRAJOS Y DIAMANTES.

ENRIQUETA.

UN MOZO APROVECHADO ó LA ORFANDAD POR HERENCIA.

LA CRUZ DEL MONTE.

EQUIVOCACIÓN FATAL.

MUJER Y ÁNGEL.

FLORES DEL ALMA. (2.ª parte de «Mujer y ángel».)

EL RECUERDO DE GLORIA.

EL SUEÑO DEL ARTISTA.

POBREZA Y VIRTUD.

## Sección científico-recreativa á 20 céntimos tomo

Esta interesantísima Biblioteca la forman **cuarenta tomos** con cubierta y láminas al cromo, en los que, por series, se refieren, por el CAPITÁN WARTHON, en forma novelesca y amena, aventuras extraordinarias y viajes peligrosos por las cinco partes del mundo:

- Serie 1.ª TRES ESPAÑOLES EN AUSTRALIA (4 tomos).
- » 2.ª LOS NÁUFRAGOS DE «EL ELTHEN» (5 id.)
- » 3.ª LOS HIJOS DEL MARINO CRAMMER (6 id.)
- » 4.ª AVENTURAS DE UNA MUJER EN CALIFORNIA (6 id.)
- » 5.ª LOS MISTERIOS DEL ÁFRICA (5 id.)
- » 6.ª UN DRAMA EN UN GLOBO (4 id.)
- » 7.ª LA VUELTA AL MUNDO EN BICICLETA (10 id.)

## ACTUALIDADES

VIAJES AL PAIS DE LOS BOERS, por el capitán holandés VON DE LA ROC.

Esta interesantísima obra, en la que se hace un acabado estudio del Transvaal, de su historia, usos y costumbres, y se sigue paso á paso la actual campaña anglo-boer, se publica por cuadernos de 32 páginas y profusión de grabados intercalados en el texto.

Á más se regalará á los Sres. Suscriptores una preciosa oleografía representando una marina. El precio de cada cuaderno es de **20 céntimos**.

Los pedidos de estas obras para provincias, al Administrador, **D. Román Gil, Balmes, 86.**

En Barcelona, Rambla del Centro, **Kiosco núm. 3, Heredera de P. Motilba.**

En Madrid: D. Gregorio Pueyo, Mesonero Romanos, 10, librería.—D. Antonio Ros, Victoria, 3, Centro de periódicos.